

---

*Así que pasen cien años*

E L I S A L E R N E R



Escritora.  
Ensayista.  
Premio Nacional de Literatura.

---

*Así que pasen cien años*

---



ACASO MUY UFANOS con el régimen de libertades democráticas que comenzó a regirnos a partir de 1958, en Venezuela tiende a repetirse hasta la saciedad la afirmación de nuestro gran ensayista Mariano Picón Salas, acerca de que fue en 1936, a la muerte de Gómez y gracias al sucesor de éste, el general Eleazar López Contreras, cuando los venezolanos comenzaron a vislumbrar el sol del nuevo siglo. Nos atrevemos a pensar que el siglo XX se asomó en puntillas en la década de los años veinte, más o menos hacia 1922, con charoladas zapatillas compradas con lujoso y nuevo dinero proveniente del petróleo. Calzadas por muy jóvenes herederos de algunas de las familias que habían tomado conciencia de una nueva patria petrolera, hacia 1928, más de unas esas zapatillas comenzaría a dar puntapiés, en medio de un demudado silencio.



En la primera década el país era de venezolanos añorantes o guerreros. Los añorantes dejaban sus tierras a cargo de un administrador de confianza para marchar a Europa. Cuando no se fue propietario de una finca agrícola, a la sombra del hombre fuerte de turno, se buscaba el regalo burocrático de irse para el viejo continente. El país era un abrigo que no protegía lo suficiente. En Venezuela cundía el desánimo. Si los conseguidores nostálgicos fracasaban en su empeño (y muchos fracasaron), en lugar de Europa les esperaba la económica y poco saludable bohemia de botiquín. Aguardiente o fusil guerrero: con el despuntar del siglo no había mucho para escoger. Pero el petróleo enmendó la plana y ya no fue tan necesario salirse del destino en estampida nostálgica o desordenada. Porque añorantes solitarios o carne de montonera, en todo caso, eran gente siempre en fuga con configuración de nómades huyendo de una situación mortificante. Pero, de pronto, los más vivaces entre los nostálgicos y los más sufridos entre los soldados, descubrieron las sorprendentes maravillas de permanecer quietos y felices en Venezuela, eso sí, sin abrir mucho la boca, porque era en el país natal donde se generaban los millonarios negocios petroleros.

No más la crónica huida timorata a Europa o por enésima vez el gusto sangrante y antigobiernero de la guerra. Y es que en cierto momento de los años veinte, en plena inhospitalidad gomecista, ciertos flamantes millonarios que nada tienen que ver con el ejército pero sí con los recientes contratos y regalías petroleras, acaso comiencen a pesar más dentro de la sociedad venezolana que algunos



generales, antiguos vencedores en guerras civiles, cuyos uniformes de guerra empiezan a morir de melancolía e inacción en medio de escaparates de colosal tamaño.

En época oscura, el petróleo sirvió para comunicarnos con el mundo y cuando un país modesto comienza, de alguna manera, a comunicarse con el mundo, la mirada de ese país se engrandece y existe la certeza, aunque sea dentro de una minoría, de que tarde o temprano algún atisbo de modernidad vendrá al encuentro. La protesta civil de los estudiantes del 28, que en su momento correspondió a

---

***El "Etiqueta Negra"  
a precios que se  
acomodaban a todos  
los bolsillos, más que la  
de unpreciado escocés  
fue, por excelencia,  
la marca ideológica de  
nuestra democracia...***

---

una nación de mayor fluidez política, acaso no era tan sólo contra Gómez y su demoleadora tiranía. Quizá era la adelantada protesta de unos jóvenes contra una flamante clase, enriquecida con las ventajas petroleras y que junto a su nueva riqueza y el alarde de los viajes a Europa, para la próxima década albergaba deseos, aún escondidos, de mostrar cierta generosidad conciliadora y gustos menos rudos que podrían extenderse a la vida pública. A la muerte de Gómez, en el umbral de su camino al poder, el general López

Contreras (de inteligente alma civilista), se habría encontrado con una alfombra manchada con el pisar fuerte de los primeros grandes privilegiados por el petróleo venezolano.

La tarjeta de presentación de los ricos del gomecismo petrolero fueron los Packard que con su tamaño, descomunal e inútil, para una ciudad pequeña, irían de un lado a otro como fieras enjauladas. En lo que respecta a los venezolanitos de a pie (y en verdad de a pie: la desamparada alpargata de ruda gracia rural, con sus más y sus menos, se mantuvo durante todo el posgomecismo), para ellos las grandes posesiones no fueron más allá del dormitorio conyugal. Las parejas disfrutaban de un lecho de proporciones avasallantes donde la fantasía carnal de un marido infiel pudo agregar, junto a la mujer de convenido horario conyugal, otras damas fuera de horario. Este gran buque de sexual madera, encontraría un embarcadero seguro hasta mediados de los años cuarenta. Un código civil tolerante del divorcio y las polvaredas históricas posteriores al 18 de octubre, redujeron el tamaño de un lecho que dejó de ser monolítico. Casi lo mismo sucedería con los escaparates de gran tamaño, cobijadores de los uniformes de campaña envejecidos durante la obligatoria paz militar del gomecismo e ilegibles papeles de proclamas llamando al desorden de las montoneras, manojos de viejas cartas de amor y algunas escasas morocotas brillando como dientes de oro en la oscura boca del armario.

En cambio, en todos esos años el comedor fue un lugar provisional y poco apreciado. Voluntad de no quedarse junto a la humillación de una mesa que era un desierto y la proximidad distraída de alguna silla solitaria. Promediando los años cincuenta se dio término a esa tribulación que era el comedor de una familia venezolana, casi toda de pie frente a la mesa, al igual que si se tratara de una barra, pero de ningún modo española, alegre y bulliciosa. La familia pobre, mas de larga



dignidad, que era nuestra clase media, comía por callados turnos escuetas raciones de pabellón criollo y repetidas tazas de guarapo, donde al fondo de las tazas de losa dormían las rabias rojas de un agobiante calor tropical ignorante, todavía, de las convenientes caricias refrigeradas del aire acondicionado. La entrada a nuestros comedores de fámelicos en ocasiones fue precedida por un secreto pudoroso de casi bonitas romanillas para ocultar un hambre orgullosa. Humildes recepciones, si es que podría llamárselas así, las de los cuarenta, donde como trae a colación con compasión algo burlona Rodolfo Izaguirre en su novela *Alacranes*, entre los invitados se repartía un poco de ensalada de gallina, a la que curiosamente se le llamaba ensalada rusa para darle, a tan poca cosa, roce feliz de aristocracia rusa acomodando su destierro en algún hotelito de la Costa Azul, y seguido lo pseudo ruso del postre consistente en una precaria gelatina (a su favor tiene la fama que luego le ha dado la culinaria hospitalaria), una pizca de quesillo y un triste final de torta casera con ropaje nevado, hechura cariñosa de alguien no muy experto. Porque lo de la ensalada rusa para dar nombre a nuestras modestísimas raciones de ensalada de gallina de los años cuarenta, sólo es precedente verbal de las mentirosas ilusiones que los venezolanos albergan en medio de circunstancias nada favorables. Cuarenta o cincuenta años después, en nuestros barrios de la miseria y del peligro, Jacquelines y Darlings, niñas con nombres de herederas norteamericanas, mal viven o pueden morir de un momento a otro, acosadas por el fuego pistolero de las bandas. Y a propósito de tan pobres manjares, todavía en la celebración de matrimonios de cierta pretensión de los años cincuenta, las mujeres probaban a colocar sobre sus cabezas de mujeres sumisas las plumas de algún pájaro enteco y poco viajero en son de sombreros. Pero los chismes que en los matrimonios corren como galgos no estaban bien alimentados en razón de la pobreza y nimiedad de los pasapalos, más apropiadas las siniestras golosinas para un campo de refugiados.

Recordemos como gran comilona de los tiempos del general Gómez, esa primitiva imagen que nos presenta el documental de Manuel de Pedro y donde unos venezolanos esmirriados, contaminados de una colectiva anorexia del terror, soldados probablemente del todopoderoso dictador, a pleno sol se aprestan a engullir una ternera. El comedor de Miraflores, por años, casi siempre ha ostentado un menú deslucido, la oferta poco interesante de una comida rápida entre hombres o piedades geriátricas hacia un moribundo columnista de algún diario conservador. Y es que detrás de buena parte de nuestra historia poco democrática está el paladar solitario y escasamente refinado de muchos de nuestros caudillos tramando sus ambiciones de poder. De modo que en un país como el nuestro, en tiempos de incertidumbre histórica, si lo pensamos un poco, algún inocente puesto de tostadas puede llevarnos al pesimismo colectivo. Felicitémonos, entonces, de esos años de la década del setenta en los que un Rómulo Betancourt, cordial y aparentemente desocupado, entraba a comer en las fondas de La Candelaria; toda una evolución de finura democrática del país en sus propios gestos, frente al otro Betancourt más



---

público que en sus entreactos digestivos ofrecía descomunales proporciones de carne mechada, tajada, caraoatas refritas, queso blanco criollo al estilo de los viejos guerreros del pasado en eterno pleito. Y a ese paso recordemos, antes, el ojo minucioso y suavemente jocoso de don Julio Garmendia para describir el melancólico comedorcillo de pensión en *La tuna de oro*, o la brava ternura de Salvador Garmendia para con todo denuedo evocar, en las pensiones caraqueñas de los cuarenta, a más de un juvenil comensal del ayuno.

Antes que en los cincuenta llegaran las nuevas delicias de las casas de comida, regentadas por una inmigración mayormente mediterránea y que se harían abundantísimas, indetenibles —y así hasta llegar a los finales del milenio con restaurantes asiáticos de toda laya—; en los años del gobierno de Medina, una oligarquía bonachona seguía viviendo muy a gusto sus exclusivas cenas de comida francesa para ocho comensales, junto a días favorecidos por la dorada amabilidad del whisky. Durante las primeras épocas, el whisky fue regalo y solaz para esa oligarquía. Años después, con el bipartidismo y una moneda llena de gracia, el whisky fue la magna y nunca confesada ilusión de la más igualitaria de las felicidades. El “Etiqueta Negra” a precios que se acomodaban a todos los bolsillos, más que la de unpreciado escocés fue, por excelencia, la marca ideológica de nuestra democracia y, mientras se retozó paritariamente (parasitariamente) a base de una botella de “Etiqueta” o de “White Label”, se olvidaron antiguos mal humores que venían desde la guerra federal o desde cualquier nunca aclarado laberinto del mestizaje. Robustos o menos robustos, todos joviales, sonrieron con algo de la sonrisa luminosa de aquel derrocado presidente que, en lo personal, con fiestas del whisky, intentó aligerar las últimas señales de lo que restaba del autoritarismo gomecista. El brandy había quedado atrás junto al canapé de las novelas escritas durante los primeros cincuenta años del siglo y que en los nuevos tiempos comenzaba a deshilacharse: a ser mudado para la ignominia de un cuarto trastero. Después, como es sabido, en la segunda mitad de este siglo, al menos en el disfrute igualitario, todos remontaríamos las aguas caudalosas, lujosas del gran río histórico y democrático del whisky que ha tenido su momento cumbre, y por momentos lo tiene todavía, cuando sorprendemos a ciertos bebedores asomando, sin más, con las más patética mala educación, un no esperado asomo de violencia histórica en el dedo insolente y aldeano con que remueven el hielo en sus vasos de whisky.

Por lo demás, algunos de los más glamorosos venezolanos de fin de siglo tienen algo en común con los pobretones compatriotas de las primeras décadas: la afición por los animales. Hasta mediados de los cuarenta en nuestras casas los muebles eran casi inexistentes a no ser por la cama y el escaparate que —como lo tenemos dicho— eran de bravas dimensiones. Un amontonamiento de perros o de gatos, las rutas de una tortuga solitaria, gallinas que nada tenían que ver con las de los huevos de oro y que por lo flacas mejor papel hubieran hecho en una pasarela, en medio de una domesticidad poco adornada, fueron una suerte de muebles insólitos y en



constante mudanza. Más de un decorador de arte con vocación de historia en el bamboleo de las jaulas de pájaros colgadas en el aire de las limitadas casas de las primeras cuatro décadas del siglo, puede mirar sin que un exceso de imaginación mime sus sueños, alguna señal de nuestras posteriores esculturas móviles y boyantes. En el ayer hogareño, incluso la excentricidad de algún pequeño mono era algo así como el loco de la familia, una penosa pero económica diversión junto al imperfecto parlamento repetitivo de una vistosa cotorra para acompañar el aún más imperfecto y repetitivo silencio de un país. En los aspavientos verbales de lingüistas tan poco recomendables como las cotorras, ya empezábamos a ensayar el susurro idiota que en el horario de las nueve transmiten las telenovelas (tan imprescindibles a partir de los sesenta) y un lenguaje eufemístico y sin memoria, que no nos ha comprometido a fondo con los avatares del país e incluso con los propios avatares.

---

*“¡Chama,  
qué lindas estás!”*

---

En cuanto a los animalillos anexados al pabellón familiar, corrían el mismo albur de oscura humillación de sus desencantados dueños. Recibían la cariñosa hospitalidad de una parentela arrinconada por la escasez. Ni que pensar que un veterinario escudriñase los enigmas de su pelaje. Es distinta la historia animal de las familias en la actualidad de los noventa. Gatos de salón, perros con la fortaleza de un gendarme del primer mundo o pequeñines y delicados perrillos, como surgidos del vientre de una hija de la burguesía, hoy en día además de veterinario, con toda seguridad, al igual que sus dueños, tienen peluqueros que les tiñen las canas con galanura, para ellos hay psicólogo perruno o gatuno, los perfuman con aromas de Adolfo Domínguez y, por supuesto, están incluidos en una chequera con dólares. Sus dueños los aman con civilizado fervor de papacitos. Ahogados en sus Pacíficos de soledad, estos venezolanos de la última década del siglo, ahítos de imágenes y de afectos virtuales, de próximos o remotos e-mails en su escogido zoológico casero, encuentran un último temblor y saludo de la vida.

En nuestras casas de menos que mediano pasar de los primeros cuarenta años, la casi unánime presencia de una familia animal bastante representativa o larga, responde a una solidaridad última entre humillados y ofendidos, la cordial y comprensible camaradería de pobres del mismo pelaje. Pero hubo algo más. Los venezolanos que a modo de entrañable compañía mantienen a su lado a unos cuantos animales domésticos, acaso, mucho es lo que tienen que ver con las familias campesinas que fueron llegando, al paio de la invasión castro-gomecista o en asonadas del otro siglo. En fin, gente de a caballo que luego de una noche desconocedora de las mortificaciones del insomnio, era despertada al amanecer por una ópera chiquita de gallos tempraneros. Mientras se sucedía el vaivén de una modesta colección de animales (casi hechos en casa como la receta de un dulce de lechosa), en el corazón de nuestros compatriotas, acaso, siguió reinando el recuerdo de las antiguas asonadas, los días indómitos de nuestros hombres a caballo. Los pueblos buscan entre escondidas rutas cuando la más inmediata realidad no ilumina como



---

un sol radiante y del país sólo alcanzamos un hilo bello pero muy endeble, porque el resto lo sostiene para sí, avaramente, el terrible caudillo que nos toca en suerte. Así, en plena década de los años veinte, el corcel de las montoneras sería sustituido definitivamente por otro al que las mujeres le dieron movilidad, agilidad permanente gracias al fervor activo de sus piernas y de su sangre de trabajadoras insig- nes. Se trataba de la musculatura rígida y negra de la máquina de coser Singer. Las costureras de tales máquinas han sido las Amazonas de vuelo más largo y fan- tasioso. Amazonas maternas. Con toda justicia Singer ha debido ser el apellido

---

***Es así como en los pasillos universitarios de los años cincuenta, esta hija del siglo escuchó alguna vez a alguien decir con cierta admirativa codicia “ese chico que tienes frente a ti es muy rico”. Pero ¡cielos, qué enigma!: a nadie se le ocurrió señalar a continuación el sensato origen de la riqueza del afortunado heredero.***

---

de muchas madres venezolanas que le dieron pan y sostén a sus hijos agarradas al cuerpo casi conyugal de sus máquinas de coser. Sucedería de tal modo en los treinta y en los cuarenta. Mujeres solas, porque los hombres desaparecieron del hogar en los desa- rreglos íntimos de la apatía y de una sobrecogedora misoginia nacional que tiene su parangón máximo en nuestro Benemérito. No en vano corre sobre él mismo esa aterradora anécdota, relacio- nada con el final de una noche de amor y que no querrá concluir al lado de la amante a objeto de impedir que, en medio de la última ternura nocturna, pueda filtrarse alguno de los secretos del poder. Historia que García Márquez recoge en *El otoño del patriarca*.

Sí, mujeres abandonadas del marido, abandonadas a un des- tino de atropello, soledad, pobreza, en medio de un sinfín de encar- gos, la aguja era la única amorosa alianza en la que podrían

confiar. Damas muy virtuosas, amigas de las ilusiones ingenuas del tul, la primera escabrosidad con la que se encontraron fue cuando una novia, de seguro hacia 1949, para la época privilegiada visitante de alguna tienda por departamentos de Nueva York, encargó para su ajuar un par de babydolls. Súbita osadía y muerte: la multitud silenciosa de las señoras Singer, en pleno auge del perezjimenismo, 1954 o 1955, habrían desaparecido para siempre y sus devotas máquinas convertidas en inútil, viejo material de guerra. Las costureras o modistas, como asimismo las lla- maron, por antonomasia fueron las artífices de un modo de ser venezolano que nos vienen de España, y que tiene mucho que ver con la vitrina, con la fachada, aunque todo lo interior, lo que está detrás y oculto permanezca en escombros. Las costure- ras fueron las hadas del estreno. De continuo “se estrenaba” un vestido, de verdad, porque no se podía asistir a la inauguración de un destino muy airoso. Se optaba por colocarse ropa flamante antes que gastar los pocos cobres en comida. De todas maneras pocos se nutrieron como hubiera sido lo deseable: mejor era colocarle una lentejuela a sociedad tan desamparada. Los alardes de estrenar un vestido a toda costa, a precio de hambre para el cuerpo, no está demás decir, fue algo así como entrar a la pequeña fiesta de una “season” bastante provinciana. Y nuestro casi eterno énfasis de “estreno” expresa buenamente un país que elige siempre los espejos y las portadas antes que la mirada interior y concienzuda. País de reinas de



belleza, de elogios corporales, país de Dorians Greys y en donde las arrugas, el arduo camino a toda madurez, sobre todo a partir de la década de los ochenta, y de manera casi orgiástica en los últimos años de milenio, en parte, son silenciados por diabólicos operadores plásticos. Ellos, despiadados jugadores del cumplimiento cronológico transformado en rostro azaroso, protagonistas máximos de la sociedad y bibliotecarios pésimos en su fútil arrase de pliegues y de arrugas, de una primera y primordial memoria de la vida en toda su complejidad carnal y humana.

En este ir y venir volvemos a los cincuenta, cuando el país fue dirigido por un pequeño déspota imperioso, de formación militar. Decía gobernar a nombre del ejército, pero su vocación verdadera era la de maestro de obras. Por encima de todo, su religión era el cemento. Lo que sucedió es que ese cemento enorme en que se convirtió el país, de crónica manera, se ensangrentó con sangre de venezolanos. En tanto, empezaron a aparecer constructores italianos: bajos, fornidos, de ojos verdes, de endiablado talante comercial. Se parecían tremendamente a Raf Vallone. Taciturnos, comían a todo meter pasta mediterránea en pensiones italianas improvisadas en las cercanías de Sabana Grande, y querían triunfar porque las militantes ilusiones hacia el Fascio, finalmente, los había llevado a la nada esperanzadora derrota en una guerra mundial.

Para el rígido cemento oficial apareció la nada desdeñable compañía de los arquitectos, modernos, elegantes, desenfadados (nada enfadados, al parecer, con el momento histórico que se vivía, donde las palabras referentes a los derechos humanos y a la libertad, ciertamente, había que economizarlas, al estilo de las contadas palabras de los avisos comerciales en los periódicos), casi todos livianos de cuerpo y de conciencia, entregados al refugio clemente de sus maquetas, con libritos de carátulas celeste, editados en Argentina, en torno a la arquitectura de Frank Lloyd Wright y algunos de ellos haciendo el diseño de una mansión, con mucha gracia silvestre en el abrazo casi infinito con la vegetación envolvente y las cascadas del agua más cristalina. Sólo que el mármol lujoso, de grandes manchas blanquinegras de los pisos de la casa paradisíaca, expresaba demasiado fidedignamente el gusto extravagante de una época de añoranzas por palacios más o menos mussolinianos. Las autopistas rumbosas, los hoteles de la envergadura del Tamanao y el Humboldt, ahora desértico, o esa ambición a medio hacer que se llamó el Helicoide, al presente una ruina romana de pátina perezjimenista, responden al momento en que los hijos predilectos de la época cambian por completo el edredón a la cama de la ciudad. Coincidente en el tiempo en que nuestro más notable arquitecto, Carlos Raúl Villanueva, el del gran Silencio medinista de los años cuarenta, da término a nuestra primera y muy hermosa Ciudad Universitaria integrada a la luz del trópico y al más novedoso arte del siglo.

Para entonces y por varias décadas, las clases sociales estaban desparramadas (retales sin definir su final vestido) en una caótica caja donde casi todos son dueños, tienen acceso. Latinoamericanos provenientes de sociedades un tanto más



estructuradas y solemnes, a primera vista, quedan fascinados con esa aparente maravilla de sociedad informal y espontánea y, por añadidura, bastante indiferente al cuidado de las formas. Burlones, casi orgullosos (o si no olímpicos) nos decimos unos a otros: “es que no somos helvéticos”. Pero llega luego un día muy dramático en que la caja de nuestras ¿diversidades, desórdenes o viceversa? no semeja encajar con el destino del país. Y de esa guisa, para sorpresa de todos cuando llamemos a María puede que parezca un salvador de la patria que prefiera colocar un candaño irremediable donde antes vivaqueaban los llavines. Casi al igual que en una muy anecdótica ruleta o en un destemplado Monte Carlo, la suerte política, antes y después, en un abrir y cerrar de ojos (sobre todo en un cerrar de ojos) con prontitud crea ricos, riquísimos y millonarios. Es así como en los pasillos universitarios de los años cincuenta, esta hija del siglo escuchó alguna vez a alguien decir con cierta admirativa codicia “ese chico que tienes frente a ti es muy rico”. Pero ¡cielos, qué enigma!: a nadie se le ocurrió señalar a continuación el sensato origen de la riqueza del afortunado heredero. Nunca se nos dijo que el joven de marras pertenecía, acaso, a alguna familia de fabricantes o de empresarios industriales. Sí, la riqueza en Venezuela aún no puede definirse como un elegante, casi ingrávigo arte del vivir burgués. En los poseedores de algunas fortunas venezolanas el dinero resuena como resorte chillón mal ajustado a sus vidas. Entre nosotros, mayoritariamente, la buena fortuna económica está vinculada al cuerpo adiposo de la política, a sus olores más bien nauseabundos. Mas el paso del tiempo, que suele ser piadoso, como si fuera el más perfecto aroma surgido de las perfumerías de París, se encarga de convertir olores de la política de extraña mixtura en centenario jardín de bondades burguesas.

Durante los felices años del medinismo, habría de iniciarse o de acrecentarse la fortuna de otra camada de venezolanos, inteligentes y sensibles, convertidos en importadores estratégicos o en embelesados urbanistas. Los años de la honradez extrema, ojo, aún no estaban por terminar del todo. Pero en cierto momento ya no se dice que la pobreza es decente. Aunque estábamos lejos de las reglas económicas de los noventa cuando es usual la frase: “billete mata galán”. Y para entonces no tardarán en ponerse de moda los titanes del trabajo exitoso. Ya en los cincuenta entre esos hombres de éxito que comienzan a disputarse el favor del gran público, estaba el joven Renny Ottolina. Renny en la televisión era una figura urbana nueva, educada, caballerosa, dotada de una voz poderosa y que con atemperada gracia nos hablaba de cosas banales y amables. En el país silenciado a la fuerza, regañado anualmente por el inclemente discurso que giraba en torno a un monocorde destino encementado, la voz de Renny pareció, de ahí su enorme éxito, un adiós a la ruralidad, a la zafiedad y mala educación de los tantos hombres elementales que, en mala hora, habían dirigido nuestros destinos.

En las últimas décadas, aunque las rugosidades del dinero no han sido expuestas a una sagaz intemperie novelística, ya estábamos a punto de disponer de una



guía casi museística para diferenciar las fechas políticas y la circunstancia diversa de una parte de nuestra gente de posibles. Pongamos por caso, los dueños de una fortuna algo conspicua en el tiempo, al menos, se han hecho con algún cuadro, por pequeño que sea, de Boggio o de Reverón. Los que vienen detrás disponen de algún Federico Brandt. Nuestros ricos recientes se afanan por tener Alirios Palacios o Edgar Sánchez de colección. Los afortunados de los sesenta siempre cuentan con algún Soto espectacular o un oportuno Cruz-Diez. Los muy despabilados ricos de los setenta, seguramente, tienen una muy bella pintura de Jacobo Borges de trase-ra puerta velazqueña. Cierta modesta clase ilustrada dispuso de una encantadora caricatura de Zapata o de uno de sus primeros retratos del general Gómez, que entre bromas y veras, quizá, por expresas razones familiares, no son sólo la particular añoranza del artista, sino –asimismo– la premonitoria advertencia de unos cuadros muy didácticos en torno a nuestra historia. Pero en los noventa una clase emergente, novedosamente rica, mira en las pinturas y retratos de Zapata a un pintor emblemático y codicia-do. Aproximada metáfora de sus fortunas, por sus cuadros, los que cuelgan en las paredes de sus pent-houses y mansiones criollas, los conoceréis. Guía museológica, dato casi genealógico fuera de las consabidas fotos, ahora históricas y muy de moda, donde aparece en medio del vasto ramillete carnal de una familia venezolana de hace cien años, el patriarca (jefe de la familia: jefe de todo) de pícara mirada recóndita y mostachos amplios y temibles, como alas de murciélago.

Para la mayoría la democracia era una máxima ilusión, un cuento de hadas virtuoso, una lejana, incompleta pero muy honesta fiesta galleguiana de escritores. Nos habíamos conocido, únicamente, bajo el imperio del miedo y de la violencia. Achacábamos todos nuestros males y defectos a la crueldad estúpida de la tiranía y no, a nuestros defectos íntimos y no menos íntimas limitaciones. Pero la conducta gomecista que por más de medio siglo rigió nuestros hábitos no podíamos, como así, arrancarla de un cuajo. Pero, ¿de verdad, soñábamos la vida o soñábamos la democracia? ¿O, sobre todo a los demócratas? ¿En medio de algunos de sus aciertos indudables fue ella, nuestra democracia, muy descafeinada? ¿O, acaso, los que elegían la guerrilla fueron poco corteses con la democracia, impacientes seguidores de una revolución que no les pertenecía? Hubo de todo: también, anecdótica, intransigente guerrilla de salón por parte de algunos. ¿Equivocamos todos los espejos? Al presente, ¿deberemos siempre hablarnos a gritos, arrojándonos más de un insulto y como si fueran los trastos de una familia mal avenida y rabiosa, restos de democracia?

Aparecieron los psiquiatras. Ofrecían a sus flamantes pacientes un reemplazo para las locuacidades que no se dieron después del tiempo de silencio. Claro, después de una dictadura viene más de una decepción: amnesias del corazón. Hay quien deja a un lado los proyectos colectivos; la antigua fe es reemplazada por nue-

---

*El humor es el  
adiós novedoso para  
una realidad que  
no nos gusta y, acaso,  
la mejor frontera para  
pasar de una riqueza  
oronda a la pobreza  
casi radical.*

---



vas ambiciones y, en ocasiones, por un descarado desfile de ambiciosos que nunca aparecieron en las horas amargas. Pero, ¡santo alivio! Con la democracia hubo terminante adiós al lápiz rojo de la censura. Vino la libertad de prensa. Mediante las caricaturas de Zapata, a partir del año 64, subió el listón para que se diera una prensa de fibra más inteligente y fina. Y, también, vinieron maneras más tolerantes. A finales de los sesenta, como en la inminente transición española, hubo casi una movida. Para las mujeres divorciadas (antes vistas como un “chance” en el lenguaje botiquinero), hubo otra mirada menos hostil. En las décadas siguientes, in-

cluso, la dama que llegó a divorciarse dos o tres veces y luego entró, aparentemente ilesa, a un tercer o cuarto matrimonio triunfalmente sedentario, ha expresado visible signo de *glamour* social, de natural pertenencia frente a un paisaje financiero que, a pesar del

---

***El Atlántico empieza  
a ser recorrido  
en forma contraria....***

---

efímero sucederse de maridos, se mantiene fluido y estable. En una dama venezolana de los ochenta o los noventa, tres o cuatro matrimonios, además de cierto atractivo físico, casi siempre terminan por expresar una importante referencia de excelente movilidad económica, estatus de alta clase. Mientras que la divorciada de un solo marido, entre nosotros, casi siempre (si no tiene el sólido talento y la energía que la encamine a la realización de un trabajo distinguido) expresa un estatus de pequeña clase media inmersa en tristes cavilaciones y carestías de toda índole. Para el homosexual inteligente, sensible y cultivado, se abrió un mundo de mayor tolerancia y protagonismo cultural. Los homosexuales estetas de finales de los sesenta y los de los setenta, brillantes como eran, se movían en el mundo de los intelectuales. Los de los noventa, estrellas sociales antes que todo pero poco ceremoniosos, ingeniosos, ambiciosos corriendo hacia el año 2000 como si fuera una pista, antes que el ajedrez verbal del teatro que exige tiempo y larga devoción, prefieren la pasarela donde puedan toparse con una modelo internacional, una Miss Venezuela, las tiendas de los modistos y las fiestas orondas de las esposas de los capitanes de la bolsa. Eligen esa rápida alegría. Después de todo no es ajeno a sus oídos y quién sabe si a su corazón, la historia de los infinitos Rock Hudson sacrificados al sida a partir de los ochenta.

Sí, lo enfatizamos: ese cariño tan presente en la idiosincrasia venezolana y que Teresa de la Parra supo captar con tanta inteligencia en la prosa de *Ifigenia*, empieza a ser suplantado, entre amigos y menos amigos, por el intencionado reino de esa anímica tartamudez (la ambigüedad) que encuentra sus máximos cultivadores en los cocteles de los años sesenta. Y lo que es peor, cierta natural dulzura en el trato se convierte en profesional zalamería y en ocasiones entre el elogio y la adulancia no habrá coherentes matices éticos. El coctel, desde entonces, nuestro más ilustre y antiguo mercado informal, será bahía feliz para los conseguidores del momento. Sin olvidar a alguna redomada seguidora diciendo, en medio del whisky y la simpatía, a alguna graciosa mujer de hombre en el poder: “¡Chama, qué lindas estás!”. De todos modos, la década ha comenzado bien con el museo maravi-



lloso que fue el de Bellas Artes en manos de Miguel Arroyo. Y sigue así en la pasión estupenda de las mejores revistas literarias de la segunda mitad del siglo. Los últimos números de *Sardio*, *Cal*, *Zona Franca*, la admirable *Imagen* de la primera época. En principio, las mencionadas revistas, las firmas que van en ellas, serán un aporte de mayor densidad intelectual que los talleres literarios de las siguientes décadas, cuyo posterior e indiscriminado flujo convierte mucho de ellos en anecdóticas escribanías. Como colofón, bajo la iniciativa de Simón Alberto Consalvi y para regocijo de la inteligencia venezolana, aparece la editorial Monte Ávila. Entretanto, aunque muchos parezcan no darse cuenta, hay un relevo generacional entre los escritores. Massiani es el último en aparecer en una lista de narradores donde Salvador Garmendia y Adriano González León descuellan con notable firmeza de estrellas literarias, y José Balza hace una aparición tranquila de novelista joven y laborioso al que se agregaría poco después el Britto García de *Rajatabla*. Asimismo, es la hora de nuevos poetas como Ramón Palomares, Rafael Cadenas y, al final de la década, Luis Alberto Crespo. En los sesenta mueren Enriqueta Arvelo, Enrique Bernardo Núñez, Mariano Picón Salas. Nos deja de arropar ese cariño paradójico que había en el dinámico sarcasmo de Guillermo Meneses, e Ida Gramcko, víctima de una compleja enfermedad mental, no volverá a escribir los artículos de radiante prosa —en los cincuenta ella es quien primero escribe sobre arte abstracto— que la habían catapultado, en plena juventud, para ser la primera escritora de una época.

Nos despedimos de los sesenta con esas entrañables presentaciones de libros que tendrán lugar en la librería Suma de Sabana Grande. El barrio de Sabana Grande que para la fecha es una suerte de pequeña Village por cuyas calles amistosas las muchachas de clase media pueden lucir trajes camiseros, hechos con hermosos estampados de sedas italianas, o trajes “Marimeko”, importados desde la lejana Suecia, porque la validez monetaria de nuestro bolívar es ancha pero no ajena. Nos despedimos de los sesenta leyendo *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa, *Cien años de soledad* de García Márquez, *Tres tristes tigres* de Cabrera Infante, *El astillero* de Onetti, *Boquitas pintadas* de Manuel Puig. Se estaba viviendo, a través de los grandes escritores latinoamericanos del momento, una importante revolución de la lengua castellana. ¿Lo comprendió así Gallegos, con ese premio para novelas memorables que lleva su nombre? ¿Casi a finales de la década, pudo morir tranquilo y resarcir su corazón de las tristezas históricas del 24 de noviembre de 1948?

Al comienzo de los setenta, las edificaciones enormes y laberínticas de Parque Central, parecían predestinadas para la oleada de sureños que nos trajo la desgracia política en el sur del continente. En medio de ese repetitivo espejo urbano, colmado de hoteles, pastelerías, tiendas, restaurantes y poco después del Museo de Arte Contemporáneo, impresionante reinado estético fabricado casi desde la nada, gracias a sucesivas ayudas oficiales y a Sofía Imber, en cuyo titánico esfuerzo se han conjugado una fina sensibilidad hacia el arte y el que ella desde sus tiempos de



muy joven reportera de los finales del medinismo, tenga una cercana perspectiva de la sociedad política venezolana.

¿Y de ahora en adelante, cómo seríamos sin el controversial guerrero en la cúspide del poder? Rómulo Betancourt, con buena dosis de “amor y pedagogía”, anunciaba que no se presentaría a la reelección presidencial. Poco después empezamos a alucinar. Comenzaba un país en feria de petrodólares. Los taxistas argüían: “Con los adecos corre el dinero”. Nos sentimos ricos. Ciudadanos de Miami o de Madrid. En uno de sus libros de memorias, el escritor español Francisco Umbral, a mediados de los ochenta, expresaba su indignada protesta hacia esos venezolanos de los setenta que armaban tanto alboroto tomando whisky en la Gran Vía.

En el Drugstore y en el Papagallo del Centro Comercial Chacaíto, así como en otros centros de la época, la gente rugía de felicidad. Época de hinchazones. El país podría haber sido reconocido en la pintura de un Botero perdido en los sueños terribles de la adiposidad del bolívar, mientras cualquier secretaria al teléfono nos saludaba con un impune: “¡Gorda! ¿qué tal?” Los gimnasios, tan generalizados en los noventa, no son el canto a una anorexia artificial por parte de las señoras de edad mediana y de figura no tan mediana. En el fondo, aunque los directores de los gimnasios y sus más fervientes adictas no lo tengan muy claro, es final remordimiento retrospectivo por tanto “pie a la mode” consumido en Miami, sin haber trabajado, realmente, para ello y un propósito tardío, de última hora, de armonizar el cuerpo con una moneda delgadita, en el puro hueso.

Sí, y en los centros comerciales de los setenta, con el petróleo transformado en euforia generalizada, las mujeres que tenían la sartén por el mango, acicaladas (arrogantes o gentilísimas según el caso), vestidas con impecables trajes camiseros, vendían cuadros, libros de arte, encuadernadas novelas neoyorkinas de tapa dura, ropa importada, antigüedades y pare de contar. A finales de la década, riquísimas y previsivas, huyeron con un montón de dólares bajo el brazo y hoy se ríen de la gente mientras comen caliente, en apartamentos de primera en Nueva York o en Madrid. Y también, muchas de esas espléndidas antigüedades italianas, compradas en Caracas en era de vacas gordas, se han visto en colosales condominios de colombianos o de argentinos de Nueva York o de Madrid. Y no se asusten. Para nada, condominios de Miami. Miami sólo resiste la antigüedad relativa de los cantantes longevos. Mas de esos años de hiperbólico entusiasmo, rescataremos el atractivo de la librería Cruz del Sur de Cristina Guzmán, el maravilloso teatro de texto ofrecido por el Nuevo Grupo, primordialmente gracias al esfuerzo de Isaac Chocrón y cuando ya no hubo vencedores o vencidos, el apoyo del Estado para el cine nacional. De igual forma, estuvieron las fortuitas tertulias de intelectuales en la confitería del Chicken Bar donde Orlando Araujo protagonizó algún inolvidable encuentro de caballeroso y sagaz literato. Sabana Grande, para entonces, bien valía una misa.

Pero, también a finales de la década, en los floridos supermercados “Cada” de entonces, en cualquier mujer algo guapa con la cabeza oxigenada y el rostro un



tanto cansado, creímos descubrir una señora Cárdenas (la Doris Wells estupenda de la telenovela de Cabrujas), a la que queríamos estrechar en nuestros brazos y expresarle todo el apoyo del mundo para la nueva vida que, de ahora, emprendía lejos de un marido que nunca la mereció. Entonces no entendimos que en el rostro debilitado de esas mujeres de falso rubio de los supermercados, en esas anónimas señoras de Cárdenas presentíamos la futura contricción, el desvalimiento económico de los años por venir. ¿Y, asimismo, una no tan descabellada premonición política dado que la de Cárdenas, bonita y joven pero ajadita precoz y rubia por decisión propia convoca el turbador fantasma de Evita Perón? Pero, sin duda, en medio de la marejada de mediados de los setenta hubo realizaciones de primera línea (los venezolanos no matizamos y como somos persistentes jugadores sólo decimos blanco o negro), entre ellas: las becas “Ayacucho”, la Biblioteca Ayacucho y el Centro Rómulo Gallegos, pese a la creciente epidemia de talleres literarios de suerte varia que produjo.

El humor es el adiós novedoso para una realidad que no nos gusta y, acaso, la mejor frontera para pasar de una riqueza oronda a la pobreza casi radical. Pero a algunas señoras, de viudo corazón y dicción temblorosa, mordeduras inteligentes como las de la revista *El sádico ilustrado* les parecieron procaces. Pobres de ellas, todavía se pensaban oriundas de Miami cuando vino la casi anunciada y abrumadora noticia de la devaluación. Un viernes negro, aún no tan negro, teñido como estaba con el rubio sortilegio del tinte mayamero sobre las desprevenidas cabezas de nuestras tan viajadas y cordiales mulatas de una clase media que, con el correr del tiempo y de aquí a la eternidad, se iba a convertir en anacronismo absoluto.

Damas y caballeros: con la mentada devaluación se rompió el sueño de igualitarismo puro y duro de los venezolanos. ¡Fin, fin a las felices zambullidas de fraternidad (que no era coloquio) entre clases diversas y, aparentemente, sin arduas delimitaciones de piscina! Estaba por empezar un ancho agujero de desigualdades y nuevos resentimientos. ¡Oh, drama, oh crucial paradoja!: el petróleo (no los venezolanos) dejaba de ser igualitario. Los ricos eran los ricos y los demás: desacomodo, desamparo. Los ricos de entonces, los de 1982 y 1983, de inmediato, aseguraron el terreno adquiriendo para vivienda propia, los pent-houses del momento, más modestos que los que se erigirían en los noventa en las colinas de la ciudad. Esas nubes arquitectónicas y soberbias para mirar la joyería nocturna de los alrededores.

De todos modos, hasta finales de los ochenta, algunos huéspedes de la clase media ilustrada siguieron filtrándose por entre los grifos de oro de los privilegiados por el dinero. Es que, entre nosotros, es difícil la fiesta de familia a puertas cerradas. Los picaportes desobedecen a la clausura y cañerías precarias dejan pasar aguas o, más bien, no muy legales sangres. Sí, en nuestro trópico ambiguo la fiesta termina siendo bonche, asunto de compleja filiación. Se invita a una fiesta íntima y se presentan

---

*En el Drugstore  
y en el Papagallo  
del Centro Comercial  
Chacaíto, así como  
en otros centros  
de la época, la gente  
rugía de felicidad.  
Época de hinchazones.  
El país podría haber  
sido reconocido en la  
pintura de un Botero...*

---



cien. Cualquiera de entre ese centenar de invitados y de autoinvitados puede ser nuestro buscado padre, nuestra desaparecida madre, nuestro hermano. Se trata de “la otra familia”. El hijo natural, el padre ídem. En suma, todos podemos ser consanguíneos y en consecuencia en el bonche celebramos los osados laberintos que llevan a una misma sangre. ¿Después de todo qué es, en buena parte, la telenovela latinoamericana, pan de nuestras noches hogareñas, con sus tramas y subtramas infinitas sino la historia de nuestra confusa filiación? En medio de la tragedia, crispados, nos reímos porque un niño de los barrios marginales responde al exótico

***Aparecieron los psiquiatras. Ofrecían a sus flamantes pacientes un reemplazo para las locuacidades que no se dieron después del tiempo de silencio.***

nombre de Glenn Alexander. Apuntamos el dedo y decimos: asunto de telenovela. Al contrario, señores: Glenn Alexander es, al mismo tiempo, paradoja social y coherente filiación latinoamericana.

Fiestas democráticas y de tumultuosa alegría, que en los noventa sólo perviven en los multitudinarios y anuales aniversarios del diario *El Nacional*. Los nuestros, ágapes de la recóndita sangre. Por ejemplo, impensable que un gran diario madrileño celebre su

aniversario en medio de tan enorme y caótico gentío. Y a propósito de *El Nacional*, en los primeros años de los ochenta, la crónica tuvo muy alto el listón con intelectuales como Luis Alberto Crespo y Tomás Eloy Martínez, exiliado argentino, famoso luego por su novela *Santa Evita*. Dos jóvenes, Ben Ami Fihman y Sergio Dahbar, mostraban su madera de buenos escritores de periódico. Ben Ami inauguró las columnas gastronómicas. A finales de los ochenta y durante todos los noventa la crónica gastronómica rivaliza, junto a los ecos de sociedad, como emblema de una clase poderosa.

Isabel Allende, exiliada chilena –con sus novelas comenzaba a tener masivos éxitos a nivel mundial– escribía una breve crónica semanal muy al estilo de la revista chilena *Paula* y que hoy en la revista *Vanidades* tiene su exponente en la escritora Elizabeth Subercaseaux. Las mujeres agobiadas por las compras en el supermercado y los viajes a la tintorería en pos de los ternos de sus maridos eran lectoras fervientes de la columna de Isabel Allende. Sin embargo, la mujer venezolana, en gran parte, había dejado de ser la cónyuge débil manipulada por el marido troglodita de las leídas crónicas de la escritora y periodista chilena. Ya en los sesenta, con éxito, había comenzado a ser ministra y en la alta burocracia siguió un transitar meritorio durante los setenta y los ochenta.

En la diplomacia hay conspicuas embajadoras, altos cargos en Pedvesa, así como en la empresa privada. Dentro del poder judicial, con desenvoltura increíble, ha ocupado la más alta magistratura. Jueces y reporteras, junto al venerable gineceo del magisterio, forman legión. Hay médicas venezolanas de una competencia increíble y, asimismo, estupendas profesoras universitarias. En los noventa, la exitosa Celina Bentata se alzó con el Premio Nacional de Arquitectura y la escritora Victoria de Stefano fue finalista a considerar en el último certamen del Premio Rómulo Gallegos por su muy bien escrita novela *Historias de la marcha a pie*. De



algunos de los hombres coetáneos de esas damas triunfadoras no siempre se puede decir lo mismo. Es que casi nunca han llegado al sexo y, digamos, al amor sin primordial ayuda de whisky y más whisky. A determinada edad, en materia erótica, ciertos señores se vuelven loliteros (no propiamente educadores) al emprender ensayos de vida íntima con alguna chica joven. En el mejor de los casos, son civilizados Barba Azules de cuatro, cinco y hasta más matrimonios auestas: posgrados de una honesta virilidad venezolana. De modo que más de una de sus antiguas compañeras conyugales ha encontrado en el trabajo un territorio libre y magnífico.

En 1985 muere Miguel Otero Silva, fundador del diario *El Nacional* y uno de los venezolanos más importantes del siglo. Una herencia de Miguel fue la incorporación al periódico del nunca bien llorado Juan Nuño, escribiendo sobre lo divino y lo humano con muy ácida humanidad.

El Atlántico empieza a ser recorrido en forma contraria. Jóvenes profesionales comienzan el peregrinaje por las universidades españolas e italianas, en búsqueda de la homologación de sus títulos y de un destino de trabajo en los viejos países de sus padres o de sus abuelos. Muchos logran la homologación y el trabajo en países donde hay paro juvenil, lo que señalará algo inobjetable, en medio de una crisis que se desliza año tras año, paralizante, como un carro averiado detrás de una grúa. Y que en nuestras universidades hay escuelas en las que se da una formación inobjetable. Y, en verdad, desde los ochenta irrumpieron los *Dancing days* de la telenovela brasileña. Los venezolanos se empaparon de la vida de mucha gente de Río, de São Paulo, de Curitiba, del campo brasileño y por la vía del corazón ha empezado para nosotros la integración latinoamericana.

Para atravesar más raudos la devaluación, casi al unísono, apareció el metro en Caracas. Los bonitos trenes franceses de nuestro metro, a veces, parecen llevar a la hija del siglo de Cannes a Menton tras las huellas de la vida fugitiva de Katherine Mansfield, autora de *En la bahía*. Es que los ochenta fueron, también, un homenaje a la tecnología. Ya los escritores no necesitaron de una esposa con virtudes de mecanógrafa para envidia de las escritoras que, seguramente, nunca encontraron un marido mecanógrafo. Pero, ahora, por igual, todos contaban con el computador y cuando el video comenzó a ensanchar la ventana del mundo, más de un escritor se divirtió mucho con aquella vieja película donde Rosalind Russell, en plan y papel de periodista, se afana ante una colosal máquina de escribir que impone mucho respeto. En los sesenta y setenta los diagramadores fueron los grandes innovadores. Veinte años después, la fotografía fue una fiesta del ego dada la abundancia de excelentes fotógrafos para todo tipo de rostros, paisajes o ciudades.

En las redacciones comenzaron a leerse periódicos españoles de la envergadura de *El País* y entonces, sin olvidar palabras la mar de patrióticas como las de "¡qué vaina es esa!", los columnistas comenzaron a sazonar sus crónicas con vocablos tan españoles y correctamente castellanos como: emblemático, la guinda de la torta, dar cuenta, faltaba más, baza, criba, etc.



Con el "caracazo" la década terminó a imagen y semejanza del personaje *El brujo hípico* (ejemplar cuento de Salvador Garmendia), para el que viene el linchamiento, por parte de la multitud decepcionada, cuando su mente queda en blanco y deja de proclamar los números ganadores. Sí, al igual que en época de vacas flacas, de alguna manera, comenzaba, si no el linchamiento para la democracia, un desencanto profundo. Tales fechas coincidían con el novedoso éxito de los modistos venezolanos que no fue, únicamente, el despertar de una nueva estética. Se necesitó de un guardarropa luminoso para ocultar las sorprendentes heridas en el que creíamos airoso, nada maltrecho cuerpo de la democracia. Se necesitaría de un amplio conglomerado de clínicas privadas y, después, de un nuevo vestuario constitucional. En eso estamos.

Los noventa son la plenitud de un periodismo que en tono crispante, dramático, denuncia hechos de corrupción y donde los mismos terminan por ser el argumento central de los libros de algunos narradores. Tal, *Mi pequeño mundo* de Stefania Mosca, libro donde la prosa parece juntar (¿o separar?) con desnivelada simetría papelitos anónimos vistos a través de un tragaluz que, en todo caso, es como una linterna roja que rezuma sangre y de Eloi Yagüe, quien en *Las alfombras gastadas del gran Hotel Venezuela* novela un aparatoso reportaje sobre el tema. Los noticieros televisivos se convierten en una punzada terrible para los corazones delicados. En medio de esa prosa de desigual maleza que son las crónicas de Cabrujas, y donde también se mueve el aire tremendo de la denuncia política, asoma como regalo primoroso de antigua botica caraqueña, una gracia conocida, la de un personaje entre sentimental y chistoso que le escribe la columna al escritor político.

Miyó Vestrini, poetisa inquietante, periodista estupenda, la amiga leal no encontraba paz alguna. Alma compleja, tenía sus propios problemas pero la sorpresa brutal del caracazo, de alguna manera, la hirió de muerte. Tal se desprende de esos cuentos (también un poco diarios) que logra rescatar Elisa Maggi poco después de la muerte trágica de Miyó y con los que Blanca Pantin tuvo el tino de inaugurar su pequeña y ferviente editorial. Sin duda, el suicidio de Miyó, en medio de su extrema desesperación, no deja de ser una advertencia singular. Pocos meses después vendrían los dramáticos intentos del golpe del 92.

Sí, y en medio de la calle de los primeros años de los noventa, el dinero iba por delante. Estaba en manos de gente nueva, desconocida, y que no son ricos al modo bonachón de los de los otros años. Oh, esas señoras de los sesenta, de impecables mocasines blancos, la revista francesa *Express* bajo el brazo, sin nunca hacer referencia a sus privilegios de fortuna y con una amistosa sonrisa en los labios. Al contrario, estos ricos de ahora parecen muy serios y orondos en su estado de riqueza emergente. Ellos, más que una clase, han conformado un club privado.

Los cada vez más insólitos restaurantes orientales de los noventa terminaron por convertir a casi todo los comedores chinos del entorno, en sitios de comida casi rápida para mujeres de edad y de destino indefinidos. Finalizando el siglo la gas-



tronomía no será tan sólo la lujosa expresión de una clase y de unos establecimientos dolarizados. Pongamos por caso, hubo y hay parejas sofisticadas y menos sofisticadas que cocinaban y cocinan platos para los amigos. Porque cuando hay ansiedad histórica, las aficiones a las cuitas del fogón traen inmensa serenidad y sosiego. Como al guisar, también, se juntan deseos de intimidad hay anfitrionas que reciben en chándal de colores nada abrumadores. Por parte de ellas es casi una purificación celebrada en tonos rosas o celestes. Después de los intentos de golpe de Estado de 1992, viejas y nuevas recetas culinarias fueron puestas en acción y los libros de cocina resultaron gran atractivo de venta. Finalizando los noventa, con la perspectiva de tiempos de cambio y confrontación, pacíficos y estupendos, por fortuna, como no hay que acogerse a una pira revolucionaria incendiaria a la vista, en sana lógica, el amistoso fuego de las cocinas es el máspreciado para la felicidad.

En medio de la década, con la organización de intensas y sucesivas semanas de celebración poética, se pone de manifiesto la excelente salud que la poesía goza entre nosotros. Libros de Adriano González León aparecen en España, Salvador Garmendia publica en la prestigiosa editorial Norma de Colombia y algunos nuevos narradores empiezan a conquistar importantes lauros internacionales. Aun así los libros de nuestros mejores escritores

parecen letra pequeña en relación a la importancia desmesurada que se le otorga a algunos directores de sobresalientes instituciones culturales. Hay una cegadora confusión de valores que ha colocado a ciertos (no a todos) calificados gestores de la cultura por encima de poetas, prosistas y pintores. Además, está ese igualitarismo nuestro que oculta una envidia ignara, paraliza el prestigio del país e impide que lancemos, en apretada unidad, nombres de calificados poetas y escritores (pongamos por caso, Juan Sánchez Peláez, Rafael Cadenas, Salvador Garmendia, Isaac Chocrón, Ramón Palomares o Eugenio Montejo), para optar como firmes candidatos en certámenes importantes de la lengua castellana. Alegrémonos, entretanto, que los hijos predilectos de nuestra algo longeva crisis económica, los buhoneros, desparramados por todas partes como hongos teologales, casi a la intemperie se hayan convertido en eficaces funcionarios de una contradictoria cultura. Desde sus tenderetes orientales podemos encontrar, a precio de ganga, al igual una novelita de Balzac o un librito de autoayuda que, en verdad, poco ayuda.

Viene el año 2000 y antes nos hemos abrazado al mundo a través de la televisión por cable y el internet. Chisme público por excelencia es la marabunta babélica que circula por el Sambil, enorme centro comercial. Un poco atrás ha quedado la disertación de los economistas que, a mitad de década, ofrecían sus interpretaciones diversas (o sueños) para sacar a Venezuela del agujero. Ahora desde la radio, cada quien ofrece su versión del país. De todos modos, por las calles del centro o del este, peatones sonámbulos, indiferentes al entorno, caminan sólo pendientes de un

---

*En una calle de La Castellana escuchamos la jerigonza de dos chicas, chinas casi adolescentes. Por mi calle, a mitad de la tarde, la campanilla, algo ingenua y colegial de un heladero haitiano, anuncia viejos deleites de infancia contenidos en su carrito.*

---



---

pequeño teléfono móvil que en sus orejas miman al igual que a criaturas paridas, recientemente, por ellos mismos. En los periódicos sorprendemos firmas de colaboradores que, al final de sus escritos, cual náufragos desesperados, lanzan las siglas de sus e-mails.

En una calle de La Castellana escuchamos la jerigonza de dos chicas, chinas casi adolescentes. Por mi calle, a mitad de la tarde, la campanilla, algo ingenua y colegial de un heladero haitiano, anuncia viejos deleites de infancia contenidos en su carrito. ¿En el próximo siglo tendremos alguna reina de belleza de enigma y apellido chi-

---

***Nos atrevemos a pensar que el siglo XX se asomó en puntillas en la década de los años veinte, más o menos hacia 1922, con charoladas zapatillas compradas con lujoso y nuevo dinero proveniente del petróleo.***

---

nos que, como nunca pudo haber pasado antes, ponga la comida de su país de origen muy alto en el listón o, quizá, una miss de gracia haitiana, con dulzuras de hija de hombre que vende helados?

Es tiempo, ahora, de debate político, nueva constitución y Asamblea Constituyente. Sí, lo decíamos, Venezuela pronto tendrá nuevo traje constitucional. Todos anhelamos que sea un traje concienzudo y compruebo que en los *parties* con más fuste (ésos, tan de excepción, en los que las bandejas con whisky aparecen en manos de los mesoneros como un sol radiante en medio de la noche más negra) en un sensato intento de que los tiempos por venir gusten a la gran mayoría, sólo se reparte una nutridísima proporción de

igualitarios tequeños.

Esta hija del siglo, apenas una niña cuando la otra Constituyente, antes quiere recordar con inmenso cariño la singular cortesía histórica del poeta Andrés Eloy Blanco, presidente de la otra Asamblea y ya no vuelve atrás en su recuento porque dicen que para la salud no conviene un exceso de sal.